

SAN JUAN DE ÁVILA, APÓSTOL DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

2. EL BAUTISMO, SEMILLA DE SANTIDAD



El Bautismo es *sacramento* -signo eficaz de un nuevo nacimiento- y puerta de acceso a los otros sacramentos. Por el bautismo se nos confiere la *gracia* de ser hijos de Dios por participación en la filiación divina de Jesús. La vida se transforma en la de Cristo, injertado en él como ramas que reciben savia y fecundidad en sus misterios de encarnación, muerte y resurrección. El bautizado está llamado a caminar en una vida nueva, en el amor. Por medio del *agua* y del *Espíritu* el bautizado se sumerge en el agua de la vida nueva.

1.- Doctrina de San Juan de Ávila sobre el bautismo

La doctrina espiritual de San Juan de Ávila está centrada en la **incorporación a Cristo**, como fruto del bautismo y de la Eucaristía. De ahí deriva la confianza en el amor de Dios y la urgencia de santidad y de entrega a los planes de Dios sobre el mundo (apostolado).

«*Nos diste adopción de hijos, y gracia del Espíritu Santo en el santo bautismo*» (AF 85).

Habla también de la necesidad del bautismo, a través del cual se entra a formar parte de la Iglesia y nos da la garantía y prenda de pasar, con Cristo, a la vida eterna.

«*Yo me acordaré de ti, Señor... que fuiste bautizado en el Jordán para dar fuerza a mi bautismo, mediante el cual fui engendrado en el Espíritu Santo y admitido a la compañía de la Iglesia santa, católica, y tenido por hijo tuyo*» (S 49) .

Esta filiación requiere vida de caridad:

«*El que está bautizado y no obedece a Dios nuestro Señor, no es hijo legítimo; el que está bautizado y no tiene el Espíritu Santo, no es legítimo; bastardo es, pues no tiene la señal que hace a los hijos legítimos y herederos de los bienes de su Padre, que es el Espíritu Santo*» (S 30).

En la celebración bautismal Dios da la garantía de que se puede vivir en gracia santificante:

«*Cuando te bautizaron, allí se hizo la promesa; el ser bautizado señal es de que te ha llamado Dios a la gracia. Cuando te tomó por hijo en el santo bautismo, allí se te dio señal de que nunca te faltaría Dios*» (S 62).

Después de su resurrección, *Jesús confió a los apóstoles la misión de bautizar*, es decir, de hacer que la humanidad fuera partícipe de la misma vida divina del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

2.- Bautizado, luego santo y apóstol

El bautismo es la puerta por la que se entra en el caminar eclesial de santidad, de fraternidad y de misión. **Todo bautizado está llamado a ser santo y apóstol**. Cuando se vive el bautismo se siente la urgencia misionera de *bautizar a todos los pueblos*. El *Audi Filia* es un libro pionero, en el siglo XVI, sobre la llamada de todo bautizado a la santidad.

«Considerad, pues, que, cuando recibisteis el santo bautismo, fuistes hecha templo de Dios, y consagrada vuestra ánima a Él por su gracia, y vuestro cuerpo, por ser tocado con el agua santa; y de ánima y cuerpo se sirve el Espíritu Santo como un señor de toda su casa, moviendo vuestras buenas obras a ella y a él» (AF 11).

La llamada a la perfección deriva del bautismo, en el sentido de *«vivir en espíritu... vivir según Cristo»* (S 85). Por esto exige una respuesta de amor a Cristo:

«No seáis ciega, esposa de Cristo, ni desagradecida. La estima en que Dios os tiene, no es por vuestro linaje, mas por ser cristiana; no por nacer en sala entoldada, mas por tornar a nacer en el santo bautismo» (AF 99).

Por el bautismo, todo creyente está llamado a hacerse gloria o imagen de Dios Amor, por el camino del amor. La *vocación cristiana* es llamada a la santidad y consecuentemente a la misión: Jesús pide que le sigan y le imiten en el camino del amor, de un amor que se da totalmente a los hermanos por amor de Dios... que se inserte en el movimiento de su donación total. **La santidad es exigencia del bautismo y consiste en la perfección de la caridad**, puesta en práctica según los contenidos de las bienaventuranzas y del mandato del amor. La santidad consiste en participar de la misma vida de Dios, que es el Santo, Dios Amor.

«La santidad verdadera no consiste en estas cosas (sentimientos), sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor» (AF 55). Efectivamente, *"aquel es más santo... que, con profundo desprecio de sí, tiene mayor caridad, en la cual consiste la perfección de la vida cristiana y el cumplimiento de toda la ley»* (AF 76).

En cualquier estado de vida se puede y se debe conseguir la santidad, sin envidiar a otros:

«Ya os puso Dios en ese estado, en ése os salvaréis; tened cuidado de hacer en él todo lo que debéis, que ahí os dará Él su gracia con que vais al cielo» (S 29).

En realidad, esta santidad es la misma perfección de la caridad.

«La vida de perfección en dos cosas consiste: ... en desnudarnos de nosotros mismos, que llama San Pablo *despojarnos del hombre viejo y vestirnos del nuevo y de Jesucristo*» (Dialogus 21).

La santidad no consiste, pues, en los medios, sino en el amor:

«Rezas mucho, pero no amas a Dios, no amas al prójimo, tienes el corazón seco, duro, no partido con misericordia; no lloras con los que lloran; y si esto te falta, bien puedes quebrarte la cabeza rezando y enflaquecerte ayunando; que no puso Dios en eso la santidad, principalmente, sino en el amor» (S 76).

Aun así, los medios que propone el Maestro como alimento necesario para alcanzar la santidad son oración, sacrificio, Eucaristía, sacramentos... A nivel práctico, propone especialmente la comunión frecuente, la devoción mariana, la lectura espiritual, el examen y conocimiento de sí mismo, la meditación, la dirección espiritual, la mortificación... a fin de revestirse de Jesucristo, de manera que crezca la semilla de santidad depositada con el bautismo:

«Notad que el vestirnos de Cristo es el fin de desnudarnos de nosotros mismos [...]. El vestirnos del hombre nuevo es la última disposición para vestirnos de Cristo y recibir su Espíritu Santo» (Dialogus 21).

3.- La catequesis, herramienta imprescindible para la formación cristiana

La catequesis ("resonancia", "instruir de viva voz") es un *itinerario formativo* en la fe y en el *seguimiento de Cristo* según la propia *vocación*.

«Se trata de hacer crecer, a nivel de conocimiento y de vida, el germen de la fe sembrado por el Espíritu Santo con el primer anuncio y transmitido eficazmente a través del bautismo. La catequesis tiende, pues, a desarrollar la inteligencia del misterio de Cristo a la luz de la Palabra, para que el hombre entero sea impregnado por ella» (CT 20).

San Juan de Ávila es un **buen modelo y estímulo para los catequistas**. Él sabe transmitir con seguridad el núcleo del mensaje cristiano y formar en los misterios centrales de la fe y en su implicación en la vida cristiana; provoca la adhesión a Jesucristo y llama a la conversión. Inventa un **catecismo en verso** [editado en Valencia en 1554 y traducido al año siguiente al italiano], para cantar con los niños. Tuvo tanto éxito pedagógico que los jesuitas lo adoptaron en sus Colegios, extendiéndose por buena parte de España, por América, e incluso en África.

Su labor catequética había comenzado en Sevilla, recién ordenado sacerdote, y fue uno de sus ministerios principales en diversas ciudades, fundando escuelas o agrupando a los niños y mayores en lugares especiales. Organizaba un horario de tres horas por la mañana; la última hora era con cantos. Motivaba a los padres con exhortaciones escritas y compuso él mismo comentarios a los mandamientos.

Su preocupación por la enseñanza del catecismo aparece con insistencia en los Memoriales para el concilio de Trento:

«Muy gran falta hay en España de doctrina y educación para los niños, de lo cual nace tanta ignorancia cuando grandes, que muchos viejos no saben las oraciones de la Iglesia ni aun persignarse» (Trento I, 25; Trento II, 54).

Los consejos que escribe para los catequistas son sumamente prácticos y actuales.

«El que ha de enseñar la doctrina cristiana debe ser muy humilde, manso, benigno y amoroso, y debe mostrar mucha alegría con todos, porque para tratar con niños, débese acomodar, en cuanto podiere, a sus condiciones, para que le tengan amor. Y pida siempre la gracia del Señor para estas cosas, y paciencia para tratar con hijos de tantos padres. Porque no pierda el fruto de su trabajo, téngalos a todos por hijos propios y que ha de dar cuenta de ellos a nuestro Señor si no los doctrina bien». Sean apóstoles del catecismo para otras personas. Una explicación amplia debe preceder al aprendizaje de los versos y de los cantos, «para que lo entiendan y sepan dar cuenta de cada cosa qué es y para qué» (Tratados menores, 1744ss).

La aplicación práctica de la **pedagogía** de San Juan de Ávila se concreta en su obra *Doctrina Cristiana*.

En el aspecto didáctico destaca el papel de la repetición y la participación activa del alumno, al intervenir hablando, cantando, dialogando. La acentuación de la rima contribuye a fijar el texto en la mente de los niños.

Subraya incesantemente la necesidad de una buena relación pedagógica entre educador y alumno. La principal característica de su pensamiento educativo es la fuerza y la reiteración con la que aparece el amor como elemento primordial en clara oposición a la ley, al mandato. Para lograrlo, reviste de dignidad la figura del educador y se preocupa por su estima social y retribución económica.

La formación que propone el Maestro Ávila es integral, con un enfoque eminentemente cristiano, a partir de los conocimientos de las ciencias y de la literatura, para pasar a la capacidad de servir y de colaborar, siempre en armonía, en la sociedad civil y en la Iglesia. Recomienda una buena formación desde la infancia, *«por ser aquella edad el fundamento de toda la vida»* (C 11). Toda formación debe apuntar a «buenas costumbres» (C 11). Los dos pilares en que se apoya son la escuela y la familia (S 46). Pero siempre habrá que dar el enfoque catequístico, ya desde la infancia y juventud, ofreciendo *«alguna lección de doctrina sagrada y piadosa»* (Trento II, 88; Toledo I, 48).



*Joan
de Avila*